



¿Es posible derrotar al capitalismo?

las reflexiones de un hombre de a pie

Andrea Surbone

Una pregunta que, en sí misma, ni siquiera es retórica, sino que me atrevería a calificar de fútil: el capitalismo ya ha sido derrotado por las revoluciones. ¿Por qué, entonces, formular una pregunta fútil y, además, utilizarla como título del ensayo?

Porque el tema no se refiere al desarrollo y al desenlace de las distintas revoluciones, sino a la situación actual; y a si esta es favorable o no a una nueva revolución.

Modelo y Revolución

Las revoluciones, de hecho, al igual que cualquier otro orden social o institucional, se inscriben en el contexto global y se relacionan con él; y, sobre todo, se relacionan con el modelo en el que surgen.

Por «modelo» me refiero a ese marco —o contenedor— universal, regido por una sola regla (o muy pocas), pero insuperable.

Y el modelo en el que la humanidad vive desde hace casi veinte mil años es el de la acumulación.

Podríamos definirlo así: un comportamiento anómico de las primeras comunidades nómadas basadas en la mutualidad; en el que alguien, yendo más allá del intercambio inmediato y paritario, comienza a acumular, es decir, cuando el almacenamiento de alimentos se vincula al poder y se convierte en acumulación: juntos inician un camino que llega hasta nosotros.



Foto de [fikry anshor](#) en [Unsplash](#)

Podemos, en efecto, resumir el recorrido de la humanidad a través de la sucesión de: descubrimiento de la abundancia —acumulación— deuda —escritura— dinero —capital de acumulación; y, si bien sobre este último se fundamenta y se perfecciona toda la teoría económica, es en el marco del modelo de la acumulación donde se desarrolla todo el pensamiento humano, desde la poesía hasta la economía, o, al menos, aquello que podemos conocer, dado que el descubrimiento de la escritura —vinculado, por otra parte, a la contabilización de la deuda— se produjo milenios después del surgimiento de la propia acumulación. Detengámonos por un momento en la transición entre el descubrimiento de la abundancia y la acumulación; la primera se refiere a la agricultura, mientras que la segunda, al almacenamiento y al poder. En otras palabras, este descubrimiento de la abundancia (suponiendo que se trate de un descubrimiento, ya que probablemente surgió más de una comprobación que de una investigación) tiene lugar cuando existe una sobreproducción espontánea. Este es el caso de la agricultura (si se siembra un grano, se cosechan espigas; y evitando deliberadamente definir la sobreproducción como natural, pues la agricultura no lo es, al tratarse de una acción humana deliberada); una agricultura que se basa, por lo tanto, en la posibilidad de almacenar a largo plazo (como en el caso de los cereales) dicha sobreproducción y, en consecuencia, de poder planificar el futuro; con el tiempo, o tal vez desde el primer momento —no se sabe con certeza—, el almacenamiento de alimentos se vincula al poder, convirtiéndose en acumulación.

Y aquí reside la regla del modelo, el límite de la sociedad actual —y prácticamente desde siempre—, constituido por la economía: todos los bienes materiales y casi todos los inmateriales requieren dinero para poder acceder a ellos. Una regla sin duda exacerbada por el capitalismo que, en su voracidad por absorber todo lo posible, ha monetizado cada aspecto de la vida y lo ha convertido en algo rentable (véase al respecto *Lo que el dinero no puede comprar*. Los límites morales del mercado, de M. J. Sandel; o bien, la apropiación de los datos que se derivan de nuestra vida conectada, ya sea un acto voluntario o impuesto por el propio sistema; y una descripción de hasta qué punto el mercado es omnipresente, se da por sentado y pasa desapercibido, que podemos encontrar en el fascinante ensayo de Kàlos Bonasia en [Stultifera Navis](#)).

Volviendo a las revoluciones, estas se inscriben, en cualquier caso, en este modelo de acumulación y, por lo tanto, operan con la misma limitación económica: la necesidad de dinero.

Una necesidad que es también una restricción y que, inevitablemente, condiciona su funcionamiento. Cuba, asediada y estrangulada por el bloqueo que limita casi por completo su acceso a las divisas fuertes (el dólar y el euro, en primer lugar), es un ejemplo de ello: como consecuencia de ello y del reciente bloqueo total sobre los combustibles, vive (a caballo entre abril y mayo, mientras escribo este ensayo) en una economía de guerra y con las preocupaciones y prioridades que dicha situación impone.

Modelo y Humanidad

Una característica destacada de los modelos es que, en ocasiones, se establecen incluso en silencio, sin que haya habido un debate previo; y la humanidad se adapta a ellos, simplemente conformándose con ellos: por ejemplo, así ocurrió con la transición del capitalismo a la financiarización; quienes tengan mi edad —la de un niño en Italia a principios de los años sesenta— pueden recordar esta transición, con los telediarios que, poco a poco y de forma discreta, comenzaron a incluir, entre las últimas noticias, alguna referencia a la Bolsa, mientras que hoy en día los acontecimientos financieros —ya sean de personas particulares, de empresas, de Estados o del orden mundial— constituyen prácticamente la totalidad de la narrativa. Y, casi sin oposición cultural, el nuevo modelo se ha instalado, arraigándose profundamente.

Esto ha traído consigo una duplicidad tan poderosa como amenazadora: poderosa porque afianzarse en el silencio le confiere una fuerza omnipresente inmensa; amenazadora porque dicha fuerza es también insidiosa, subterránea: todo lo contrario de cualquier proceso democrático que, por el contrario, tiene lugar en el ámbito de la conciencia y el debate públicos, que, a su vez, constituyen el camino de la deliberación social, a veces en la base de las democracias más avanzadas.

Por otra parte, como hemos visto, la peculiaridad de un modelo radica precisamente en que es un marco: con unas reglas pocas pero precisas, y dentro del cual es posible moverse libremente; en términos económicos, esto significa que su regla, o sus reglas, deben ser tales que puedan abarcar desde la agricultura de subsistencia para el núcleo familiar hasta las grandes infraestructuras planetarias, como es, por ejemplo, la de las comunicaciones. Es lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo en el mundo con el modelo, o paradigma, de la acumulación, que ha visto cómo en su marco se hacían realidad tanto la Comunidad de los Apóstoles como las sociedades ilustradas, el confederalismo democrático como el absolutismo, y el socialismo como el neoliberalismo más desenfrenado. Al modelo solo le importa que se respete su límite o regla: el dinero es necesario para casi todo y, para aquello que aún se le escapa, se buscan formas de incorporarlo al sistema.

En un escenario así, toda la humanidad, salvo algunos focos de resistencia (que, de todos modos, se encuentran constantemente bajo ataque —y, por citar otro ejemplo, lo primero que viene a la mente es Rojava y su confederalismo democrático—), se ve abocada a adaptarse a él.

Hablo de «orientación» porque el apogeo de las victorias sociales, que puede situarse aproximadamente en la década de los setenta del siglo XX y que fue el resultado de luchas seculares, se encuentra a apenas medio siglo de nosotros. Y este «nosotros» lo considero uno de los momentos más bajos de la humanidad: ¿cómo es posible que se haya pasado en tan poco tiempo del apogeo al pie de página (por utilizar una metáfora tipográfica)?

Sin pretender entrometerme en un ámbito que no es el mío, menciono tres elementos que, en mi opinión, son fundamentales: la atomización, la desalfabetización y la ludificación.

La atomización, que se ha producido tanto mediante la desintegración de las grandes concentraciones —como, por ejemplo, las grandes fábricas y las deslocalizaciones a entornos socialmente más favorables— como mediante el desplazamiento del discurso político de la colectividad hacia el individualismo o las comunidades; de ello son ejemplo las luchas que ya no se centran en la igualdad, sino en aspectos concretos de la misma, como ha ocurrido con el género, las razas o las discapacidades; luchas legítimas en sí mismas, pero que han desviado fuerzas de la lucha por la igualdad social (que significa ser personas iguales socialmente pero diferentes personalmente: es decir, la cohesión entre la sociedad construida por el ser humano y la Naturaleza, a la que pertenecemos y en la que cada uno tiene sus propias particularidades).

La desalfabetización, aunque oficialmente la alfabetización esté en constante crecimiento a nivel mundial, se refiere a fenómenos como el retorno de la ignorancia y a decisiones como la reducción de la inversión en la educación pública.

La ludificación, es decir, ese encerrarse en uno mismo en compañía del móvil: nos parece estar abiertos al mundo, en contacto global, saberlo todo y de todos, cuando en realidad nuestra sociabilidad está retrocediendo.

Estos tres elementos (aunque la lista debería ser más precisa: aquí basta con la simple mención que acabamos de hacer) han sumido a la humanidad en el atraso, privándonos cada vez más de nuestra capacidad para obtener y utilizar las herramientas cognitivas necesarias para comprender en profundidad la realidad en la que vivimos: para tomar decisiones razonadas, para no convertirnos en presas fáciles, tanto de los populismos más dispares como del mercado, debido a la ingenuidad, y para disfrutar plenamente de la vida.

Humanidad y Revolución

Una vez planteadas estas dos premisas, pasemos a la pregunta inicial: ¿es la situación actual favorable o no a una nueva Revolución?

Comencemos introduciendo otro elemento: el control, que también ha pasado de una dimensión social a una personal; en este sentido, resulta preocupante la proliferación de los localizadores de personas de Hezbolá; o el uso obligatorio de la computadora en línea (por ejemplo, para buscar en la agenda), en beneficio del control y del mercado: todo pasa por los servidores; o la precisión de los drones; o la información sobre personas concretas extraída de sus redes sociales (que nosotros utilizamos de forma ingenua, volviendo a lo que acabamos de mencionar); Para profundizar en el tema del control y la represión, hasta llegar al genocidio, remito a la página web de [No Tech For Apartheid](#).

A la luz de estas premisas, parecería que el contexto actual no es tan favorable, sino todo lo contrario.

También en términos culturales, la comunicación en general y, en particular, la publicidad —brazo armado del consumismo desenfrenado— adoptan un lenguaje hiperbólico que, al exaltar al máximo cada producto o concepto, acaba por degradar las palabras; basta pensar en el abuso del sustantivo «paradigma» y de su adjetivo «paradigmático»: cualquier ligera desviación de lo habitual se eleva a paradigma, despojando al término de su significado real. O lo que ocurre con «Revolución»; un par de ejemplos, limitados al sentido estricto del término: la Revolución de julio en Bangladés, que llevó al poder a Muhammad Yunus y al microcrédito (presentado como finanzas éticas, pero que no es más que el doctor Jekyll de la financiarización); o la Revolución Naranja en Ucrania, que abrió de par en par las puertas a la deriva que desembocó en el incendio de Odesa y, posteriormente, en la guerra. Sin entrar en detalles, calificar de «revolución» acontecimientos históricos cuyo alcance ideal es mucho más reducido —es decir, que no se apoyan en un andamiaje ideológico sólido capaz de trascender el propio acontecimiento para proyectarse en la historia del pensamiento— resta fuerza tanto a su significado como a su inspiración. Por otra parte, tanto el sustantivo «revolución» como su adjetivo «revolucionario» pertenecen al léxico más mal utilizado por los medios de comunicación y la publicidad.

La distorsión de las mentes a través de la distorsión del léxico constituye, por tanto, una pieza más de este panorama desfavorable.

A ello se suma una propensión a desarrollar ideas ya existentes en lugar de generar otras nuevas: es como si nos lanzáramos a la arena social, pero con el freno de mano echado; al menos desde el punto de vista de la planificación. Esto supone la falta de un horizonte al que aspirar idealmente: si los años setenta se desarrollaron en un contexto diferente, precedido y preparado por grandes acontecimientos —la descolonización, el movimiento pacifista como consecuencia de la guerra de Vietnam,

Cuba, que muestra un socialismo del pueblo y para el pueblo, el 68 —por citar los más importantes—, hoy el Sol del Futuro parece oscurecido, si no totalmente oculto, tanto por una cierta carencia de producción teórica como por los lapilli, que acabamos de examinar, de la erupción financiera.

Por último, cabe plantearse una reflexión sobre el Hombre nuevo que antepone la colectividad al individualismo: ¿es el Hombre nuevo quien hace la Revolución o es la Revolución la que hace al Hombre nuevo?

Personalmente, al ocuparme de un modelo evolutivo, respondo que es el modelo el que favorece la evolución del Hombre nuevo. Ya hemos examinado qué significa «modelo»; y por «evolución» entiendo un fluir tranquilo pero imparable: si la Revolución es un torrente, la evolución es un río; no hay saltos, sacudidas ni siquiera cascadas, sino un avance constante hacia la meta. El Hombre nuevo, pues, se forja por sí mismo gracias al contexto —esta vez sí favorable— que ofrece el modelo. Tomemos el ejemplo de la guerra; la humanidad se ha construido un canal que ha desviado su curso: la escasez, que se materializa en la acumulación como instrumento de poder; podemos describirla como la famosa tarta que hay que repartir: la opresiva carga que arrastramos desde los albores de las sociedades sedentarias y estructuradas, que nos ha vuelto feroces durante milenios, que nos ha enfrentado unos contra otros y que ha beneficiado al más fuerte, así como al privilegio, a menudo hereditario. El reparto del pastel se convierte así en el catalizador de la agresividad, el instinto personal que subyace a la guerra, de la que esta se convierte en la expresión social.

Estoy convencido de que el pastel que hay que repartir y el concepto de escasez son lo mismo: no importa cuán abundante sea el pastel; es el hecho de que se trate de una cantidad determinada —y, por lo tanto, visualizable: como lo es el pastel, por un lado, y el número de comensales, por otro; y controlable— lo que, inevitablemente, impulsa a la agresividad y nos enfrenta unos contra otros. En un contexto así, el Hombre nuevo no puede sino surgir: la inclinación hacia la colectividad choca con el reparto del pastel, sobre todo si el pastel (las reservas de las que hemos hablado) está gestionado por un poder abusivo, como ocurre en el modelo de acumulación en el que (casi) siempre vivimos.

Pero si el modelo, por el contrario, propusiera un contexto marcado por la serenidad, tanto económica como social, esta tendría la paz como su expresión social. Y esa misma relación de causa y efecto afectaría al Hombre nuevo: ya no construido, sino surgido.

Producción y Capitalismo

Desde la síntesis clorofílica en adelante, todo es producción; y quien no produce directamente se beneficia de la producción ajena. De hecho, la obtención de alimento es un trabajo y es común a todo el reino animal y vegetal; incluso el trabajo organizado es propio de los animales, como es el caso de las habituales abejas y hormigas. Y más aún: también pertenece al reino animal el trabajo creativo, como el de algunas aves, los «jardineros», que se hacen atractivos para el apareamiento gracias al embellecimiento del nido (y con dicha acción se oponen a la meritocracia natural del plumaje: si tiene suerte, nace llamativo; de lo contrario, nace anónimo y le cuesta aparearse): en otras palabras, emplean creatividad y sabiduría productiva.

En definitiva, producir es algo natural.

El ser humano, no obstante, es sí un animal que forma parte plena de la Naturaleza, pero también es, o mejor dicho, sobre todo, un ser dotado de una superestructura: creo, de hecho, que la distinción entre nosotros y los demás animales radica en el trabajo reflexivo, esa inspiración que nos ha llevado tanto a los sílex como a la academia, el ocio, la contemplación y, hoy en día, al tiempo libre, pero también al pensamiento contracorriente y a la oposición, a la

rebelión; con esa parte del pensamiento que se separa cada vez más de la acción expresada en el trabajo, hasta llegar a ser preponderante e independiente y, al mismo tiempo, creadora de relaciones sociales: el ser humano, por tanto, es un producto social, es decir, una estructura animal sobre la que se sedimenta, hasta el punto de prevalecer, la superestructura generada por el pensamiento y las relaciones sociales —animalidad, superestructura, producto social y así sucesivamente en una espiral infinita, pues se encuentra en constante evolución—.

En lo que respecta a la producción, todo ello significa que esta sigue paso a paso a la superestructura humana, tan influida por el pensamiento; mientras que el trabajo vegetal y animal es una estructura prácticamente fija, el humano cambia con el tiempo, condicionado por las peculiaridades del momento.

Quien, por lo tanto, confunde la producción con el capitalismo y viceversa, comete un error de perspectiva, tanto histórico como antropológico. Error, no obstante, venial: si bien es cierto que el pensamiento social conocido es aquel que se ha desarrollado en el modelo de la acumulación, es innegable que el capitalismo es el mejor intérprete de dicho modelo, hasta el punto de parecer natural, una entidad única y trinitaria; la acumulación, por su parte, inventó desde el principio la deuda: la multiplicación de los panes y los peces —que en este caso son el almacenamiento—, de hecho, solo es posible en los milagros, pero la multiplicación del capital —que, y no solo en este caso, forma parte de su acumulación— es real gracias también a la deuda, que aplasta y encadena a Estados y empresas, a pueblos y a personas; se trata de la partenogénesis del dinero, generada por el interés: un concepto y una práctica que, por otra parte, siempre han sido combatidos por algunos de los más destacados pensadores desde el nacimiento de la moneda. Así es como el capitalismo, cuyo único objetivo es la acumulación de capital, constituye el modo de producción que mejor se ajusta al modelo de acumulación.

No obstante, sigue siendo solo una de las muchas formas de producir. Si la equiparamos al mutualismo de los cazadores-recolectores, la colectivización —de la que hablaremos más adelante— constituye un ejemplo milenario de ello.

Una vez aclarado, aunque sea de forma somera, el malentendido entre producción y capitalismo, podemos abordar el tema del ensayo.

¿Se puede derrotar al capitalismo?

Una pregunta fútil, pero que encierra una trampa: en mi opinión, no es el capitalismo —ni su derivado, la financiarización—, sino el modelo, o paradigma, de la acumulación lo que hay que combatir y derrotar.

Partamos de las contradicciones internas del capitalismo, tan a menudo citadas y deseadas: al introducirse en sus grietas, el movimiento está convencido de que el capitalismo no solo puede ser derrotado, sino que se derrumbará por sí solo.

Parece ser el caso de la caída tendencial de la tasa de ganancia, premisa de prácticamente todos los discursos y análisis que plantean la oportunidad de derrotar al capitalismo: por muy correcta que sea desde el punto de vista económico-matemático, ¿estamos realmente seguros de que se trata de una contradicción?

Personalmente, considero que el capitalismo —cuyo objetivo, recuerdo, es la acumulación de capital; y por todos los medios posibles— no presenta contradicciones: más bien cambios de condiciones, internas y externas, a los que también él, como cualquier acción y doctrina humana, se ve obligado a hacer frente.

Simplifiquemos también en este caso, tal y como se ha hecho con la trayectoria de la humanidad; teniendo presente que, en esta ocasión, el rumbo es siempre y únicamente hacia la acumulación de capital.

En primer lugar, el surgimiento de la industrialización, con el uso masivo de mano de obra; luego, y casi de inmediato, la introducción de las máquinas, en detrimento de la mano de obra; por último, y esta vez no solo en detrimento sino incluso en contraposición a la mano de obra, la sustitución gradual pero imparable del beneficio por la renta.

Sería inútil y redundante detenerse en las dos primeras etapas: pasemos directamente a la tercera, la renta que desplaza al beneficio.

Ya hemos visto que el origen del dinero forma parte intrínseca del propio dinero —tal y como lo entendemos hoy en día, y desde siempre—; es más, lo precede en unos cuantos milenios: la deuda y los intereses que genera surgen mucho antes que el dinero en forma de moneda —y, además, del pensamiento relacionado con él—.

También hemos visto ya cómo las reivindicaciones sociales alcanzaron su máximo nivel de logros precisamente en una época en la que, por un lado, las finanzas comenzaban a infiltrarse en nuestras mentes; y, por otro lado, la automatización proseguía su tímido avance para luego, impulsada por la informática, desembocar en un galope desenfrenado y potente.

La contradicción, entonces, se reveló como un nuevo contexto repleto de oportunidades.

Ciertamente, había que replantear la idea de la acumulación de capital, hasta entonces vinculada en gran medida a la producción; pero ya se conocía bien la renta derivada de la posesión —ya fuera el almacenamiento o la propiedad inmobiliaria—, sobre la que la nobleza y la Iglesia habían construido sus fortunas: la solución estaba ahí, clara y lista, solo había que ponerla en práctica —¡nada de contradicción!—.

Este replanteamiento, sin embargo, no podía ser del todo indoloro; socavar el beneficio en favor de la renta significaba —y así fue— sacrificar el capitalismo tal y como se conocía: producir a un coste x y revender a un precio $x+y$; donde y engloba también la plusvalía.

Había que recalcular el rumbo y, qué le vamos a hacer, si algún empresario tenía que pagar el pato: la financiarización, con una amputación quirúrgica de la parte ya innecesaria, ha eliminado lo que se había convertido en una carga y nada más; es decir, a esos pequeños y medianos empresarios que tenían que ser engullidos o hacer desaparecer por la megacorporación de turno. Pongamos algunos ejemplos: los numerosos suicidios porque ya no es posible seguir adelante; las tristes cesiones (arrancadas con la falsa promesa, que de hecho casi nunca se cumple, de permanecer en el propio puesto); los cierres de negocios, desde tiendas hasta empresas. Todos ellos empresarios sacrificados en el altar de la acumulación; todos los beneficios desplazados por la aceleración financiera.

En cuanto a la mano de obra, hoy en día el verdadero beneficio reside en el control, para mantener a raya al pueblo; en la apropiación de datos, sustraídos a un pueblo que da su consentimiento; en la mercantilización incluso de los

aspectos más íntimos del pueblo, también en este caso con su consentimiento tácito. También para usted han sido necesarios sacrificios (que, por otra parte, siempre han acompañado a la forma capitalista de producir) y ajustes: de trabajadores a consumidores, de trabajadores a deudores, de trabajadores a creadores de datos; es una lástima, sin embargo, que los datos sean luego monetizados por el capital, y no por sus creadores (y pensar en gravar los datos para redistribuir la riqueza que generan, aunque muchos lo consideren una medida útil para mitigar la desigualdad social —y sin duda lo es—, en cualquier caso no nos sacaría del modelo de acumulación: se mitiga el problema, pero no se resuelve).

Sí, ¡Pero Desde Dentro!

Ahora bien, la cuestión es la siguiente: ¿la financiarización es o no es capitalismo?

Si se analiza el fin —la acumulación de capital—, sin duda que sí; es más, es el producto derivado que le ha permitido superar definitivamente la caída tendencial de la tasa de ganancia.

En cambio, al analizar el medio —el beneficio—, nos topamos con un «no» rotundo: aunque aún no esté del todo consolidado, sigue siendo, no obstante, un «no».

Estoy convencido de que, si bien en términos éticos la cuestión puede ser a veces diferente, desde una perspectiva identitaria es el fin el que define la pertenencia; el socialismo, por ejemplo, se define por la igualdad social, que es su fin, y no por la lucha de clases, que es, en cambio, solo el medio (mientras que, desde el punto de vista ético, en este caso no hay diferencias).

Sea como fuere, en relación con el tema del ensayo, esta cuestión también carece prácticamente de relevancia, aunque constituya un interesante debate teórico.

Queda el hecho de que el capitalismo ha sido derrotado desde dentro; o, mejor dicho, que se ha demostrado hasta qué punto una acción encaminada al mismo fin ha destrozado el medio capitalista, el beneficio; tal vez no se haya derrotado al capitalismo, pero sí al beneficio, y precisamente desde dentro.

Lo cierto es que, desde el punto de vista de la mano de obra, y si ello hubiera ocurrido por su propia iniciativa, se habría tratado de una victoria de Pirro: se ha derrotado al beneficio, pero la renta vencedora es mucho más difícil de contrarrestar que el beneficio. Esta, de hecho, gracias, por ejemplo, a las huelgas salvajes y selectivas, se ha visto mermada, hasta el punto de generar grandes avances sociales; y todo ello porque su esencia se basa en la materialidad —la producción—. Mientras que la renta, intrínsecamente inmaterial, escapa a la lucha y a sus instrumentos tradicionales.

Pero si ya no vivimos en tiempos propicios para una revolución y si derrotar al capitalismo desde dentro conduce a la victoria de un enemigo aún más invencible, ¿dispone el pueblo aún de instrumentos para hacer frente y derrotar al capitalismo y a la financiarización? Y, de ser así, ¿cuáles?

En mi opinión, empezando por dejar de confundir la producción con el capitalismo; aunque ello suponga dar un doloroso paso atrás respecto a nuestras convicciones y creencias arraigadas y habituales (incluidas tanto las contrarias como las favorables al modelo); todas ellas han escrito páginas tanto exaltantes como execrables, pero, sin duda, han sabido mover los pensamientos, las conciencias y las acciones de la humanidad. Pedir ese paso atrás, pues, es posible

—¿se mantendrá inalterado el propio socialismo, una vez victorioso y, por tanto, ya no en lucha con el capitalismo, o se actualizará en función de su nueva situación? —pero también supone un reto: el predominio mundial cada vez más abrumador de la acumulación y su afianzamiento a lo largo de milenios implican, sobre todo, una contienda cultural de tal envergadura que puede calar hondo en cada uno de nosotros; dicho de otro modo, un proyecto social capaz de contrarrestar y sustituir, tanto culturalmente como en la realidad, al de la acumulación.

También es cierto que, hoy en día, la producción se ve amenazada desde el punto de vista ecológico: la naturaleza ya no es capaz de soportar la voracidad actual; por lo tanto, es necesario que un proyecto de este tipo aborde ambas cuestiones, la social y la medioambiental (aunque esta última es tan amplia e importante que requiere una atención que aquí se saldría del ámbito de este ensayo: continuemos con el tema principal, aunque conscientes de que derrotar al capitalismo significa, para la humanidad, estar solo a mitad de camino).

El Contraste Cultural

El sueño americano, es decir, la idea de que cualquiera puede hacerse rico gracias al trabajo duro y a un compromiso inquebrantable, tal vez creando una empresa, constituye la esencia de la propaganda del modelo de acumulación.

Un sueño que los medios de comunicación nos han vendido de todas las formas posibles, incluido Hollywood; exactamente igual que en la Antigüedad mediterránea, donde el modelo social se difundía y se sustentaba mediante la mitología griega y el mito de los antepasados romanos.

Lo que no dicen, sin embargo, es que el sueño americano se hace añicos ante el acceso al capital necesario para las inversiones.

El sueño americano, por tanto, es en sí mismo positivo porque se refiere al impulso evolutivo de la producción (aunque se identifique desde el principio con el capitalismo; y, por lo tanto, con la opresión y la explotación. Pero volvamos a insistir en que la producción y el capitalismo no son lo mismo: este último no es más que una forma entre las muchas posibles): puede, y debe, interpretarse en términos ecológicos y alejados de los capitalistas, de modo que pueda constituir la columna vertebral de la oposición cultural al propio capitalismo. En otras palabras, una nueva sociedad que ya no se base en el paradigma de la acumulación y que, por lo tanto, pueda ser tanto igualitaria como libre a la hora de emprender (y que se inscriba dentro de los límites que impone la Naturaleza).

Este nuevo paradigma, o modelo, sería alcanzable desplazando el marco —dentro del cual se desarrolla toda acción humana— de la economía a la Naturaleza. La consecuencia es que se invierte el pensamiento actual: el límite ya no son los recursos económicos, sino los recursos naturales y la resiliencia de la Madre Tierra. El nuevo paradigma de la autodeterminación al que me refiero prevé el uso de recursos económicos ilimitados y a disposición de cualquiera, siempre que se respeten los límites de la Naturaleza; de este modo, superando en su propio terreno —el de la libre empresa y el beneficio— al sueño americano, que, por el contrario, encuentra en el acceso al capital necesario un verdadero muro, a menudo insuperable.

Merece la pena hacer aquí una pequeña digresión sobre ese muro. Este es, tal vez, una contradicción del capitalismo; y es inherente al modelo que, de hecho, promete el libre acceso a la actividad empresarial, para luego incumplir esa promesa en lo que respecta al acceso al capital necesario: nada libre, sino todo lo contrario, extremadamente difícil y, sobre todo, reservado a quienes pueden permitírselo, ya sea en términos de capital propio (y aquí ya nos encontramos

en el ámbito de los privilegiados) o en términos de garantías para obtener el préstamo (condición esta también absolutamente poco común y poco extendida). Y se trata de una contradicción cultural o, tal vez, solo de una mentira, un señuelo, una forma de intentar asegurarse el consenso y el control. Lo que es cierto es la presencia de una grieta en el modelo capitalista; y es tal que no escapa a la lucha, lo que la hace, por tanto, abordable y probablemente victoriosa. Y por «victoriosa» me refiero a que favorecer la libre empresa y el beneficio (dentro de las reglas del nuevo modelo) no se refiere, en este caso, a la lucha contra la renta —y contra el sistema que la genera—, sino a la ampliación del apoyo al nuevo modelo al sistema empresarial, incluidos los empresarios; y a desvincular la actividad empresarial del sistema de la renta.

Volviendo al tema del nuevo modelo, pongamos también aquí un ejemplo, esta vez extraído de lo que está ocurriendo en Cuba, actualmente totalmente asediada por Estados Unidos; llegan noticias, en parte confirmadas, sobre negociaciones para poner fin a este estado de guerra: el periódico «El Manifiesto», en su edición del 7 de abril, señalaba que entre las peticiones estadounidenses figuraba, para los empresarios de ese país, la gestión del puerto de aguas profundas de Mariel, capaz de acoger los gigantescos portacontenedores que atraviesan el Canal de Panamá y de garantizar el almacenamiento (hasta tres millones de contenedores) y el trasbordo a buques de menor tonelaje que puedan atracar tanto en los puertos estadounidenses del Caribe como en las costas del este; y, para el turismo norteamericano, una serie de cayos totalmente vírgenes —incluso al sur, en el espléndido archipiélago de Jardines de la Rena— que ya se consideraban un posible atractivo para el turismo estadounidense incluso en la época anterior a la revolución. El problema, en realidad, no radica en la nacionalidad del capital; yo no la considero tan importante: si un productor de Barolo vendiera a un extranjero, no habría ningún problema; la grandeza de sus vinos depende en gran medida del terruño; y el terruño no se puede trasladar. No se trata, por tanto, de una cuestión meramente productiva. No obstante, la autodeterminación de ese territorio corre un grave riesgo; el problema, en realidad, reside en la acumulación de capital: esta tiene lugar —casi siempre, en general, y siempre cuando se trata de grandes inversiones— en el extranjero (y, por lo general, en un paraíso fiscal), eludiendo así la tributación del país en el que se ha realizado la inversión. Y dado que el Estado obtiene de los impuestos los recursos para su funcionamiento, sustraerle parte de los ingresos fiscales equivale a erosionar su capacidad de autodeterminación (una acción de la que el capital se sirve y abusa para someter a los Estados: los dictados sobre la reducción del gasto en el Estado del bienestar por parte del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, por ejemplo). Con repercusiones sociales como, entre otras muchas, el deterioro de los servicios a la población (educación, sanidad, etc.); y todo ello ocurre en silencio y sin necesidad de cambios institucionales: simplemente robando al pueblo de ese Estado. Y es en este frente donde la nueva sociedad que aquí se aboga sale ganando frente al actual orden económico mundial: ofreciendo plena autodeterminación a todos los niveles, desde las personas hasta los Estados.

En todos los ámbitos, incluido este, resulta urgente la lucha cultural que se convierte también en económica.

Y trabajar en la construcción de una nueva sociedad cobra hoy aún más importancia: la drástica caída de la humanidad bajo los embates del modelo de acumulación hace que la situación sea gravísima, si no casi fatal; nos encontramos precisamente en el momento en el que es necesario y obligatorio oponerse por todos los medios posibles a esta caída al abismo, sin descartar ninguna opción.

¿Existe esta nueva sociedad o es solo un deseo sincero?

Conclusiones

En el portal de Jus Semper, ya he presentado y defendido Filoponía, el innovador modelo —coherente y aplicable— de un orden social en el que, ¡por fin!, coexistan pacíficamente el medio ambiente, el mercado y la igualdad, los tres elementos que siempre han estado en conflicto; su lema es «una sociedad libre de la economía y una economía libre de la deuda»; ha sido objeto de ocho revisiones por pares (económica, sociológica, biológica, ecológica, filosófica, socialista, empresarial y popular) y una primera versión fue publicada por Meltemi en 2019 (El trabajo y el valor en la era de los robots: inteligencia artificial y no-empleo, de D. Astrologo, A. Surbone y P. Terna); puede consultarse información básica, además de la incluida en los ensayos aquí publicados, en el enlace www.surbone.it/info.pdf.

En Filoponía está presente todo lo descrito hasta ahora, incluida la abolición de la renta y del sistema que la genera; sin embargo, no constituye su objetivo preciso, como lo fue «Tierra y libertad» de Zapata, sino el surgimiento natural —al igual que ocurrió con los Alpes hace millones de años— de su orografía propositiva.

Filoponía, de hecho, nace y evoluciona de forma positiva, no opositiva; es decir, al dar ese doloroso pero necesario paso atrás, se dirige a toda la humanidad y no a una sola parte de ella: uno de los neologismos presentes en el texto es «ehumanidad» (cuyos derivados son «ehumanismo», el movimiento dedicado a ella, y «ehumanista», el adjetivo), una crisis entre «eu-» y «humanidad» para indicar una nueva humanidad marcada por el bien.

No es este el lugar para extenderse sobre los detalles técnicos: me remito por última vez a un ejemplo, retomando el discurso sobre la colectividad.

La Filoponía mantiene la propiedad privada de los medios de producción y, al romper las cadenas del binomio dinero/poder, consigue ser tanto una sociedad igualitaria como una verdadera innovación respecto al dualismo actual entre la propiedad privada o estatal de los medios de producción. ¿Y si la propiedad de los medios de producción no fuera estatal, sino colectiva? Pues bien, el capital filopónico difundido, por sus características de bien común al igual que el aire, constituye una variante de la propiedad colectiva de los medios de producción y expresa la fraternidad —según la hermosa definición que le dio el Papa Francisco con motivo de la sesión plenaria de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales del 24 de abril de 2017— en la economía: a disposición de cualquiera y en el ejercicio del libre albedrío. Una variante necesaria porque traslada temporalmente la gestión al individuo, mientras la humanidad adquiere la plenitud de los instrumentos cognitivos y alcanza esa epistocracia universal que constituye la base indispensable para una colectivización de los medios de producción cuya gestión no genere diferencias jerárquicas ni de clase, ni dentro de la propia producción ni, en general, en la sociedad; a lo que se suma la mitigación, hasta su anulación, de la alienación: anulación que constituye la base del colectivismo.

Existe, por tanto, la urgencia de ir más allá, no del dualismo que sustenta el mundo desde la revolución industrial, sino del marco que los contiene a ambos: la acumulación: para demostrar, promoviendo un beneficio que ya no provenga de la explotación y la subyugación, sino de una forma de hacer empresa que, por fin, respete tanto a las personas como al medio ambiente, que Filoponía la supera en su propio terreno, y para demostrar que la exacerbación belicista actual no solo es errónea desde todos los puntos de vista, sino, sobre todo, obsoleta desde el punto de vista empresarial. El bloqueo a Cuba, de hecho, demuestra, y pone de manifiesto de forma evidente, que en el paradigma actual la autodeterminación, tanto interna como en las relaciones con el exterior, queda a discreción de otros: la acumulación y la autodeterminación real y completa son un oxímoron.

Derrotar, por tanto, al capitalismo desde dentro —o, mejor dicho, al imperio que engloba en sí mismo el capitalismo y la financiarización y que hace especial hincapié en el concepto de sumisión— es una cuestión que va mucho más allá del mero aspecto económico-político, ya que conlleva, entre otras muchas consecuencias, tanto nuevas relaciones sociales inclusivas como el respeto absoluto por el medio ambiente gracias a la decrecimiento, la vertiente medioambiental que constituye la propuesta filopónica, pero que en ella también cuenta, para que pueda finalmente hacerse realidad como modelo, con la necesaria compensación económica y social que proporciona una sociedad serena como es la filopónica.

Concluyo citando a André Gorz, gran pensador que atravesó todo el siglo XX, quien en *Adiós al proletariado*, más allá del socialismo, de 1980, escribió: «Si la clase obrera es lo que es, si su ser-de-clase es positivo, no puede dejar de ser lo que el capital ha hecho de ella sino a través de una ruptura en el seno de la propia estructura del capital»: aunque desde un punto de vista partidista, Gorz anticipa a la perfección la esencia del «capital ehumanista difundido» y abre idealmente las puertas a esta perspectiva innovadora para derrotar culturalmente al capital desde su interior, infiltrándose en la grieta del sueño americano.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Andrea Surbone: [Filoponía, de Cuba al mundo - sin deuda: igualdad y libertad](#)
- Andrea Surbone: [Filoponía, un modelo económico diferente](#)
- Andrea Surbone: [El Lado Tenue del Dinero — de la Redistribución a la Distribución](#)
- Andrea Surbone: [Democracia, Condorcetismo y Participación Popular](#)
- Andrea Surbone: [El fin de la economía moderna —Filoponía: el capital difuso y el desplazamiento del límite](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [La Insoportable Falta de Conciencia de Nuestra Crisis Ecológica Existencial](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Mercadocracia y el Secuestro de la Gente y el Planeta](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [El Secuestro de la Democracia para Imponer a la Mercadocracia](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [La Cuarta Revolución Industrial, el Gran Reinicio y el Fin de la Vida Tal y Como la Conocemos](#)
- Irene León: [Las derivas autoritarias del capitalismo del siglo XXI](#)
- David Barkin y Juan E. Santarcángelo: [La Deuda como Instrumento de Dominación: El Nuevo Préstamo del FMI y la Subordinación de Argentina al Capital Global](#)
- Raúl Delgado Wise y Mateo Crossa Niell: [Capital, Ciencia y Tecnología - El desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo contemporáneo](#)
- Alejandro Teitelbaum: [El Capital Financiero, Especulativo y Parasitario](#)
- Alejandro Teitelbaum: [El Capitalismo por Dentro](#)
- John Bellamy Foster y Grzegorz Konat: [El Presente como Historia" y la Teoría del Capital Monopolista](#)
- John Bellamy Foster: [El Capitalismo Ha Fracasado — ¿Qué Sigue?](#)
- John Bellamy Foster: [Capitalismo Absoluto](#)
- John O'Neill: [La Vida Más Allá del Capital](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Acerca del autor:** Andrea Surbone, escritor, editor, ex viticultor y visionario; autor de Filoponía - salir del paradigma del dinero en el libro *Il lavoro e il valore al tempo dei robot - Intelligenza artificiale e non-occupazione*, por D. Astrologo, A. Surbone, P. Terna, Meltemi, Milano 2019 - www.meltemieditore.it/. Ha escrito ficción con *Dusts* y desde noviembre de 2007 escribe ten una buena semana, una pequeña columna oteando al mundo, enviada todos los lunes por correo electrónico. Editor de la revista *Nuvole* (para publicaciones en papel del 16 al 23) y miembro del Consejo Editorial (www.nuvole.it/). Portavoz de una propuesta de economía política (www.propostaneokeynesiana.it/). Promotor de una propuesta política (www.surbone.it/per). Andrea se graduó de la Escuela de Administración de Empresas (SAA) de la Universidad de Turín.



❖ **Acerca de este trabajo:** Este ensayo ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY-NC-ND 4.0. Se puede reproducir el material para uso no comercial, acreditando al autor y proporcionando un enlace al editor original.

❖ **Cite este trabajo como:** Andrea Surbone: ¿Es posible derrotar al capitalismo? —las reflexiones de un hombre de a pie — La Alianza Global Jus Semper, septiembre de 2026.

❖ **Etiquetas:** Capitalismo, Socialismo, Democracia, Sostenibilidad Medioambiental, Decrecimiento, Trabajo, Sin Deuda.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

© 2026. La Alianza Global Jus Semper – Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html